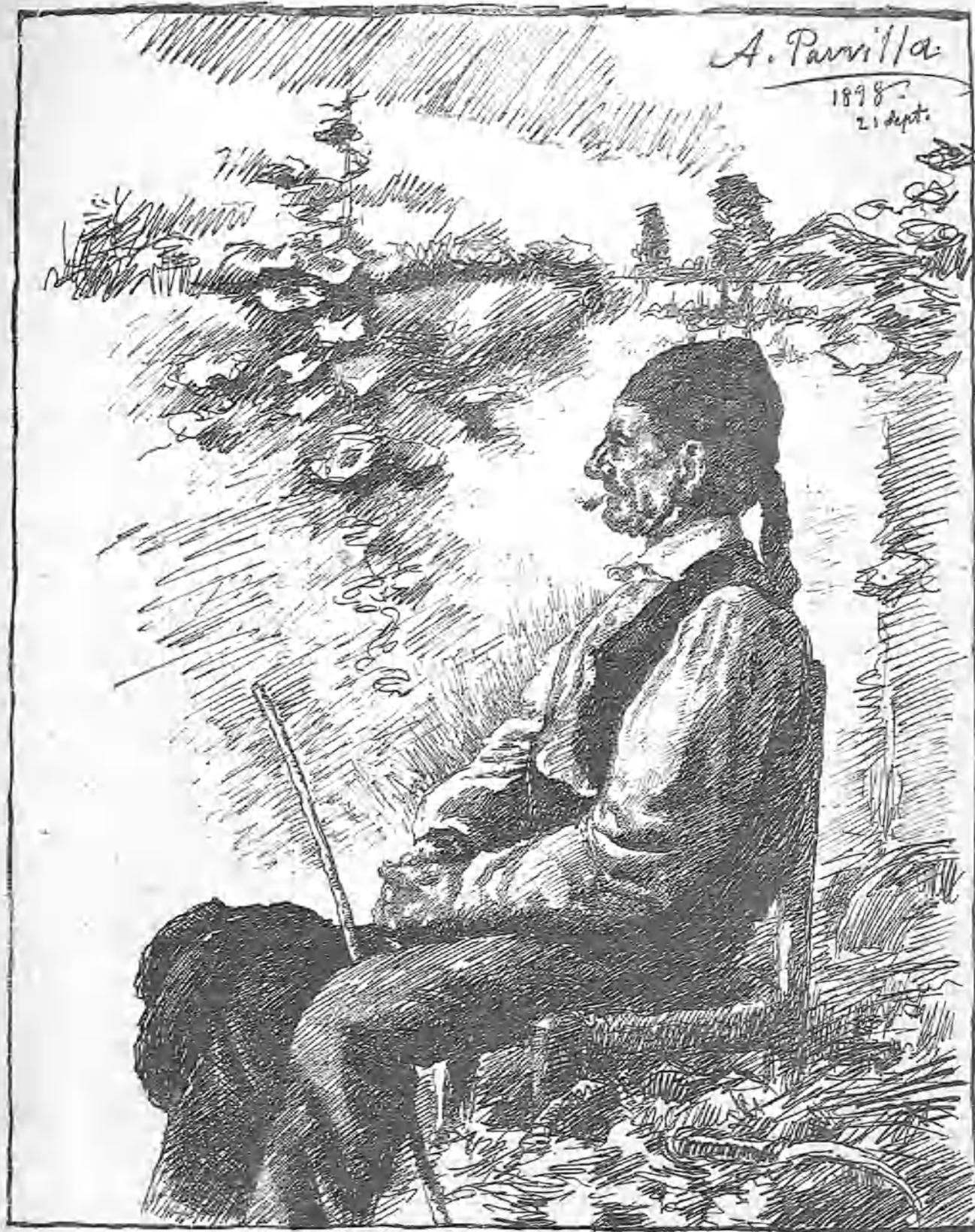


INOCENTE, por Abelardo Parrilla

A. Parrilla

1898  
21 sept.



El que no «matou o Meco»

20 CENTS.

# DE TODO

# UN

# POCO



El famoso doctor Thebusssem suele fechar sus artículos en la Huerta de la Cigarra. Yo no quiero ser menos, y fecho el presente en un monte de caza de mi querido amigo Pepe

Gasset, con el fin de que sepan mis lectores que también busco el silencio del campo para entregarme á la meditación y al estudio.

De cuando en cuando el hombre debe dejar la vida ruidosa de la corte é irse á descansar á la aldea, donde el aire puro vigoriza los pulmones y las costumbres sencillas fortalecen la moral.

Aquí, lejos del mundo y sus pompas, el hombre, por orgulloso que sea, se siente humilde y fraterniza con el ganado lanar. En este momento, mientras escribo mi artículo un borrego bala á mi lado para expresarme sus simpatías. La borrega, á su vez, me contempla cariñosamente, como si quisiera decirme:

—Trabaja, trabaja y ennoblécete, pues no hay nada más noble que el trabajo. Ese es el pan de tus hijos.

Y de tal modo se interesa por mí la borrega, que

## EN LA CASA DE BAÑOS, por Marin.



—¡Vaya! he tomado mis ocho bañitos y ya tan fresco y tan limpio hasta el año que viene.

estoy á punto de preguntarla si conoce á mi familia.

\*\*

«La placidez del campo me enagena»—que diría cualquier versificador de los muchos que han cantado al verde.

Y en efecto, no hay nada como el campo. Mientras mis compañeros de expedición cazan conejos, yo desahogo la poesía de mi alma en estas cuartillas que han de ver la luz en el MADRID CÓMICO.

Por encima de mi cabeza revolotean las moscas. ¡Qué insectos tan cariñosos! Parece que me saludan y me acarician, parándose ora en la mano que mueve la pluma, ora en la nariz donde tengo un granito recién nacido, y por lo tanto tierno: ora en el cogote, haciéndome dulces cosquillas.

Como aquí todo es inocente y sencillo, no me atrevo á molestar á las moscas, que pican de buena fé, y lo más que hago es espantarlas con la manita.

¿Matarlas? ¡Nunca!

Las moscas son madres, las moscas mantienen á sus tiernos hijuelos; las moscas, en fin, constituyen familias, trabajan para ellas, y se acercan y nos pican creyendo hacernos un favor. ¿Tienen ellas la culpa de posarse en la calva del hombre y ponerle nervioso? No.

\*\*

Si no hubiera campo no habría dulzura en los caracteres, ni paz en los corazones, ni belleza, ni reposo, ni fé.

El campo predispone á la bondad. En el campo todo es tierno, todo es puro, todo es inocente.

El campesino candoroso que no tiene escopeta ni monte propio donde cazar, coge un palito y un alambre y fabrica un lazo para coger conejos en el del vecino. Realizada esta grata operación, desuella al animalito y ¡oh costumbres candorosas! se lo come ó lo vende.

Ayer la guardia civil sorprendió á un lacero y se lo llevó á Fuente la Higuera para entregarlo al Juez municipal.

¿Por qué? pregunto yo. ¿Qué delito ha cometido el infeliz lacero.

Estas dulces costumbres, que revelan una placidez de espíritu y un candor verdaderamente primitivo están penadas por la ley, por esa ley infame que hicieron los hombres de la ciudad. ¡Crueles! ¿Qué daño os hacen los laceros? ¿Por qué no dejáis que cacen si eso les divierte?

\*\*

En verdad os digo, lectores de mi particular aprecio, que el campo es encantador. Ahora es cuando

noto porque resulta tan plácido todo lo que escribe el doctor Thebussem.

El vive, como yo en este momento, entre aldeanos sencillos sin pizca de malicia, ni asomos de maldad.

Casi todas las tardes llegan al monte algunas personas de las aldeas inmediatas que vienen á visitarnos, en su semblante revelan la bondad de su alma y sus severos principios morales y religiosos...

Lo primero que hacen es pedirnos inocentemente cualquier cosilla: un pitillo, unos fósforos, unos cartuchos de perdigones...

¡Qué gente tan buena!

—¿Con que V. es de Torremocha?

—Sí, señor, de allí *semos*.

—¡Qué envidia les tengo! ¿Vivirán ustedes en el mejor de los mundos?

—No señor, vivimos en nuestra casa.

—Quería decir que allí no habrá luchas, ni dolo, ni falsía, ni ambiciones criminales...

—¡Quiá! Allí no hay nada de eso.

—¿Y en qué pasan ustedes la vida?

—*Pus* vea Vd.: por la mañana á la era, por la tarde á la era y después nos *ajuntamos* dos ó tres amigos y nos vamos á rondar á las mozas.

—¡Qué hermosura de costumbres!

—Y una noche, le damos dos palos á uno, y otra noche nos comemos un cabrito asado y después nos bebemos un par de azumbres.

—¿Y después?

—Después se calientan las cabezas y á bien le tiramos un tiro al secretario, á bien nos lo tiramos unos amigos á otros, y al día siguiente *toos* tan contentos y el que se *halga* muerto que se fastidie.

\*\*\*

Por eso decía que no hay nada como el campo y que los vecinos de la corte deben venir una vez que otra á dulcificar las costumbres en presencia de estos cuadros tiernos que nos ofrecen los sencillos aldeanos...

Pensaba seguir describiendo las dulzuras de la aldea, pero el borrego, cansado de balar, acaba de derribarme la mesa á topetazos en un exceso de bondad y para demostrarme la ternura de sus sentimientos.

Luis TABOADA.

Fuente el Fresno, Septiembre 1898.

## EL PORQUÉ DE GRILO

Grilo, el vate agregio, convencido de que el país demandaba de él una explicación por sus innumerables poesías á las testas coronadas, se ha decidido á revelar el *porqué* de sus versos á la reina á la faz del mundo entero.

El mundo entero puede satisfacer su curiosidad leyendo la *Ilustración Española y Americana*—n.º 35, segundo tomo, del año corriente, páginas 106 y 167—donde, todo se pega, el augusto Grilo confiesa «honrada y enérgicamente» porque dá tantos golpes á la misma musa.

Dos buenas planas del colega de la Cuesta de San Vicente—ese colega que difunde la ilustración por el nuevo y el vie-

jo mundo—emplea el diestro cordobés en sus explicaciones tan interesantes, por lo menos, como el manifiesto del joven Polavieja.

Y como no se trata de un asunto árido de intereses materiales sino morales y de los más superferrolíticos, la lectura del memorial ó de la memoria de Grilo es cosa de gusto.

A primera vista, al ver el artículo con versos intercalados en el texto parece que el señor Grilo va á dar una explicación de los ripios que ha cometido, creencia que se afirma más al leer al principio: «Hay que confesarlo honrada y enérgicamente ante la faz del mundo.» Grilo, se dice uno, va á confesarse con decidido propósito de la enmienda, va á arrepentirse de las poesías de mesa y mantel, de los sonetos de casa y boca que le han hecho componer en esta vida perra sus numerosas y distinguidas relaciones.

Pero no, Grilo no se desdica, al contrario, Grilo se ratifica, y lo que es peor, inserta trozos producidos por su lira al dulce calorcillo del trono.

Y al insertar, ó mejor, al reinsertar sus versos los refuerza con prosa.

La idea, en principio, de publicar versos con prosa que explique el argumento de las poesías me parece bonísima.

Es un adelanto que deben aprovechar los vates en general, no solo los de las últimas escuelas sino también los pertenecientes á las primeras que por resultar ininteligibles todos se parecen.

Mas ¡ay! se tropieza con un solo inconveniente y es que la prosa de los poetas suele ser también algo confusa.

Grilo al canto.

Es decir léan ustedes la prosa y los versos de Grilo si tienen interés en convencerse.

\*\*\*

Otro inconveniente tiene la prosa para los poetas del género Grilo. Y es que se dispara por la culata.

Al señor Grilo parece que le aconsejó un enemigo al escribir el artículo de la *Ilustración*—y efectivamente fué un enemigo: la prosa—pues en él prueba que padece de una pobreza de ideas lamentable.

Maneja infinidad de metros; pero no maneja más que una idea.

Escribe un soneto y dice:

*Dejan su corazón más satisfecho  
una tarde en su quinta de verano,  
un ramo de violetas en el pecho  
y llevar á sus hijos de la mano.*

Escribe seguidillas ó lo que sean y repite la única idea que tiene á mano:

*Y más afortunada  
más venturosa  
no existe soberana  
ni soberano,  
cuando con sus tres hijos  
va de la mano.*

¿Por qué no dice eso mismo en unas alaluyas definitivas ante notario el señor Grilo?

Dicho así y constando en un documento público encontraría ventajas el vate y la persona aludida.

El vate se ahorra los consonantes.

La otra parte la lectura.

Lectura inútil pues sus versos todos llevan en sí la misma idea.

La idea de los Ideales.

TOMÁS CARRETERO.



J.X.



## UN BESO VOLANTE.

(CUENTO ORIGINAL)

### I

Pedrin, paje de sacristía, grumete de campanario, se hallaba todos los días á la madrugada en lo alto de la torre de la Iglesia de Aldemora, desde allí veía como iban dulce y sucesivamente apagándose las estrellitas del cielo y como aparecían sobre las azuladas montañas las primeras visas del alba y los primeros fulgores de la aurora.

En este instante, cogiendo el badajo, la pesada lengua de la campana mayor hacía resonar en ella tres golpes graves, solemnes, acompasados, como toque hecho por mano de inteligente tañedor.

Luego le era necesario desplegar extrema diligencia.

Tenia contado tiempo y muy breve para descender del campanario, preparar las vestiduras sagradas en la sacristía, arreglar el altar, encender las luces y luego en un rincón de la Iglesia apoderarse de la cuerda del címbulo ó segundillo y hacerle sonar durante más de un cuarto de hora llamando á los fieles para la primera misa.

Una mañana se entretuvo demasiado en el campanario, con el oído atento escuchando el lejano sonar de una trompa de caza ó de una corneta de guerra.

¿Qué sería? ¿Partida de cazadores ó paso de tropas?

Ello fué que la distracción le hizo caer en retraso para todas las operaciones de su oficio y halló á D. Gabriel enojado. El párroco era hombre bueno, sin duda alguna, pero grave y bastábale para imponer miedo á Pedrin, mirar á éste con ríjeza y no hay que decir que si D. Gabriel fruncía el entrecejo, Pedrin se llenaba de terror.

En dicha mañana D. Gabriel hizo más, habló al monaguillo.

—Te has dormido hoy... ó te entretuviste en jugar allá arriba?... le dijo con voz solemne.

—Sí, es que... oi... allá por los pinares cornetas... y... á la cuenta viene tropa... —contestó el niño tartamudeando.

—Pues si viene tropa... ya la verás... despacha, que es tar-

de... —replicó el señor cura y empezó á vestirse para la misa ayudado por el temeroso y trémulo Pedrin.

D. Gabriel era imponente. Un hombre formal, un carácter grave. Había metido muy en lo hondo de su ministerio el alma. Correspondía á ese grupo de hombres no muy numeroso, que ligándose estrechamente á su profesión consustanciándose con ella, no tienen otra savia que las que ella les presta, como plantas sujetas en espirales al tronco de algunos grandes árboles.

Tan sólo había tenido un afecto entrañable á un hermano, Marcelo... huérfanos ambos de padre y madre desde la infancia y pobres ambos... habían tenido que separarse... hacía ya muchos años.

D. Gabriel acabó de revestirse... y con la mente absorta en la oración, se disponía á salir para dirigirse al altar.

La nueva claridad del día penetraba, aunque débilmente aún, por las grandes ventanas de la sacristía...

Pedrin, se había olvidado de colocar en el altar dispuesto para la misa dos grandes jarrones cargados de lirios que despedían un perfume penetrante y embriagador. Rápidamente salió el niño con los jarrones y volvió para acompañar y asistir al sacerdote que ya revestido se encaminó al altar.

¡La misión diaria! Presentarse él, presentarse ante la representación de la divina magestad; ante el Dios crucificado y ante la imagen de la Virgen de la aldea... imagen querida á la cual generación tras generación de ahueños habían dirigido sus cánticos de alabanza y sus plegarias de peticiones constantes... ¡desde hacía seis siglos!...

Allí, él, el encargado de revelar á los hombres la doctrina de Dios y llevar á Dios las súplicas de los hombres; se inclinaba dando principio al santo sacrificio.

Al primer destello del sol gorgearon como pronunciando un himno de alabanza los pajarillos en las frondosidades del

bosque, en la grama al borde de los fuentejillas del valle, en lo alto de las rocas y sobre los sacos de las tierras... por los hombres perezosos ó por los ingratos al sacerdote con el corazón henchido de íntima gratitud, pronunciaba en el centro del altar *Gloria in excelsis Deo* elevando sus ojos al cielo.

Algunos, muy pocos labradores, mujeres y ancianos mantenían la devoción de asistir á la primera misa y se hallaban allí, arrodillados y en profundo recogimiento, murmurando sus rezos ó siguiendo con sus libros de misa al sacerdote.

Sin mirar tras de sí hubiera podido decir D. Gabriel cuáles eran las personas que se hallaban reunidas en la Iglesia: las de siempre, las mismas que acudían todos los días. Hubo un momento en que el sacerdote oyó ruido de pisadas, entraban algunas personas más que de ordinario... ¿quiénas podrían ser?

Pedrin pasó el misal al lado del evangelio y el sacerdote se inclinó, besó el altar y volviéndose al pueblo dijo:

*¡Dominus vobiscum!*

Y con su espíritu... sí, con su alma estaba Dios en aquel instante, sintióle D. Gabriel en el corazón porque una inmensa alegría le inundó, á punto estuvo de lanzar un grito de alegría y de caer desvanecido al suelo...

Ante el sacerdote y delante de todos los fieles vió á un soldado, á Marcelo, á Marcelo al hermano querido, al único ser con el cual estaba unido por otros lazos que los de la caridad, por los del más estrecho parentesco... allí estaba después de tantos años de ausencia.

Una sonrisa llena de júbilo se pintó en el rostro del sacerdote... pero fué como un relámpago, pues pronto tornó á la gravedad del oficiante sacerdote... y se dirigió al libro, se persignó y rezó el santo evangelio.

¡Ah! pero la atención desafiaba y entre las líneas de la Sagrada Historia del Recentor iba leyendo las líneas de su propia historia. Marcelo... saliendo del pueblo con el atillo al hombro... para marcharse á servir á la ciudad como criado... y D. Gabriel lleno de angustia viéndole marchar un año después al ejército.

Dominóse por un instante el sacerdote, y dando gracias á Dios por la dicha que acababa de otorgarle... volvió á fijar la vista y su alma en el libro sagrado.

Difícil propósito... ¿Tiene galones de sargento; sí, los he visto,—se decía—y viene flaco y pálido... pobre hermano mío... tan pocas veces he podido ayudarle...

Nuevo empeño del sacerdote por resistir la tentación. Aferróse al libro, bajó la cabeza ante la lámina de Jesús crucificado, rezó el *santus*, luego pronunció severamente el Credo... Como un centinela que para no distraer y olvidarse de su deber se repitiése la consigna, el santo y seña y los deberes de la ordenanza.

¡Acaba, acaba pronto... decía la voz del corazón, sacudida por una jubilosa é indómita impaciencia... acaba pronto... y abrazarás á tu pobre hermano que arde en deseos de estrecharte contra su pecho... ese pecho lleno de cruces blancas y rojas... cruces de cumplida disciplina y cruces de guerra.

¡Dios mío!... ¿habrá matado á muchos enemigos?... ¿Perdonarlo, señor?...—se decía el sacerdote—¡Ah! y perdóname á mí, que no puedo refrenar ahora en este solemne instante el vuelo de mis profundos pensamientos...

¡A ti perteneces, oh Dios! Sólo en tí he de pensar, nada más me existe ahora sino tú y ante tu presencia soberana ha de permanecer mi alma.

Nunca hasta entonces había dicho la misa con tanta lentitud... se abstraía en el imponente oficio de la consagración. Allí, ante los ruidos ó quiméricos ruidos imaginarios, propios del delirio de un enfermo febril... creyó oír pisadas y como sonos de corneta... Los sentidos le engañaban pero el alma cayó al fin bajo el imperio del angustioso deber... hundióse en la inmensidad del arrobamiento religioso... y aquel corazón que poco antes latía estremecido de gozo por el amor fraternal... fué allí como víctima de un sacrificio ofrecido á un Dios que daba también carne de su carne y sangre de su sangre.

¡Comulgó y oró!

Poco después lavaba los vasos sagrados, sintiendo en su pecho la alegría del que acaba de cumplir con un sagrado deber...

¡Qué lentitud la del tiempo! pensó, pero pronto avergonzóse de este pensamiento, y obligándose á reprimir de nuevo el afán renaciente que sentía por terminar... puso en su oración... el recuerdo de la niñita enferma... hija del leñador y pidió por ella, pidió por el anciano que deseaba tener noticias de la guerra en que se hallaba su hijo... pidió misericordia por todos los pecados y por todas las desdichas.

*¡Te misa est!*

Ya terminaba... ¡Nunca más lindas, frescas y olorosas le parecieron las flores del altar! Creyó ver una sonrisa inefable en la Virgen y una mirada de dulce aprobación, el angustiado Dios martir que le miraba con la muerte y la esperanza fulgurando en sus ojos.

Terminó, fuése á la sacristía... extrañóle no hallar á su hermano.

—Es más fuerte que yo...—se dijo—me espera donde debe, á la puerta de la Iglesia. Una vez que se hubo quitado las vestiduras sagradas, salió á la Iglesia, detúvose á dar gracias ante el altar... y al fin, al fin salió del templo.

No había nadie...

¡Dios santo!... ¿qué era aquello?

—Señor cura...—gritó en esto Pedrin—los soldados... los soldados... venían de paso... han estado un momento en la plaza... y se van... ya se han ido.

—¿Que se han ido? No es posible...

—Vino el capitán, los formó... y marchen; salieron del pueblo carretera adelante... Van persiguiendo á otros soldados que están en sublevación.

—¿Por donde? ¿Por donde van?

—Sigame V... ya suben á trasponer la cuesta del camino...

En efecto, cuando apresuradamente llegó casi ya sin aliento D. Gabriel á la mitad del camino, vió fuera de éste en una vereda de un cerro el pelotón de soldados...

¡Ah! y no pudo hacer más... sino juntar los dedos de su mano, besar el haz formado por las yemas juntas y moviendo rápidamente el brazo en aquella dirección... lanzar hacia allí un beso valiente.

—¡Pero he cumplido mi deber!—se dijo con profunda convicción...

José ZAHONERO.



# PALIQUE

La *Enéida*, de Publio Virgilio Marón. Traducción en verso castellano por el Ilmo. Sr. Doctor D. Luis Herrera y Robles, presbítero, individuo de la Real Academia Española, Catedrático dimisionario de Literatura, etc., etc.

Muchos más títulos ofrece el Sr. Herrera, en garantía; pero yo los suprimo, porque no creo esencial para mi objeto el recordarlos todos. Uno hay que no he de omitir, y es el de venir recomendado por D. Juan Valera, que ha escrito el prólogo para el libro del ilustrado Director dimisionario del Instituto; que también lo es el Sr. Herrera. No falta en la portada ninguno de los títulos que el traductor puede ostentar; pero en cambio le faltan á la *Enéida* la mitad de sus libros, pues el tomo no contiene más que seis; el primero traducido por el célebre Ventura de la Vega y los cinco siguientes por el distinguido juez de oposiciones á cátedras.

Antes de pasar adelante, yo aconsejaría al señor Herrera y á los muchos que como él son aficionados á manifestar los honores que deben al mundo, que siguiesen la costumbre de los ingleses, muy amigos también de mostrar títulos, pero usando para ello de conocidas abreviaturas.

De todas suertes, el Sr. Valera, cuya sinceridad en los elogios no puede ponerse en duda, opina que la traducción del Sr. Herrera será, el día en que se acabe, la más á propósito que hasta hoy tenemos, para que, los que no saben latín, vislumbren las bellezas de la obra capital de Virgilio. El mayor servicio que yo podría hacerle al Sr. Herrera, y estoy gozoso de servirle, sería lo que queda realizado: dar á un público numeroso la noticia de que todo un Valera, perito entre los peritos, tiene tan buena idea del concienzudo trabajo del discreto académico.

Aunque yo añadiera aquí, y no haré tal, que á mí no me gustan los versos libres del Sr. Herrera, el servicio quedaba hecho, sin mengua, porque mi opinión desautorizada no podría deslustrar el mucho brillo que á la fama del traductor añade el elogio del gran maestro. No por lo que al Sr. Herrera pueda importar, que sería nada, sino por la justicia, y en conciencia, y por mi propio interés, me apresuro á decir que, sin sugestión alguna, he encontrado también muy de mi gusto el excelente trabajo del traductor que continúa la empresa comenzada por el insigne Vega. En la sinceridad de este elogio creará el Sr. Herrera si sabe quien soy, y que suelo decir mi parecer sin rodeos; pues no es rodeo, v. gr., la candorosa nota humorística con que empiezo en este artículo aludiendo á una debilidad del simpático presbítero, la cual no me parece tan bien como sus endecasílabos libres. Si no aprobábase su traducción ó callaría ó diría que á mi juicio no era buena.

Me inclino á pensar que debe de haber real mérito en lo que ha hecho el Sr. Herrera, no sólo por la impresión que me producen sus versos, y por lo que en mi juicio tiene que pesar el dictamen de Valera; sino porque el resultado de agradarme lo ha conseguido el traductor contra viento y marea, como suele decirse.

Voy á explicar lo de la marea y lo del viento.

\*\*

En general, pásame á mí lo que á Mosen Juan Boscá Almogaver, el cual, según cuenta su amigo Garcilaso, en carta escrita á la muy magnífica señora doña Jerónima Paloba, solía aborrecer á los que

romanzan libros. Me parezco á Boscá en esto, por lo que se refiere á los libros de pura poesía, se entiende, llamando tales no sólo á los escritos en verso sino á los que, aún en prosa, son de tal estilo que pide el genio de la propia lengua. No aborrezco las traducciones porque me pese de que los ignorantes de un idioma lleguen á gozar las bellezas en ese idioma escritas, sino justamente porque creo que es muy difícil que haya modo de hacérselas gozar dignamente. El traducir poesía es tan difícil por lo menos, como el inflar perros, si se ha de traducir bien; pero así como es imposible traducir un perro, es cosa muy fácil inflar poesía por medio de una traducción. Poesía inflamada suele parecer la de las traducciones, y los poetas buenos pasados á otra lengua por las manos pecadoras que suelen atreverse á ello, parecen pájaros disecados por un aficionado. Como el traducir bien es tan difícil, no es de extrañar que hayan mostrado orgullo por sus traducciones hombres tan pagados de sí mismos como el vizconde de Chateaubriand y el supuesto marqués de Villena. Chateaubriand declara que está tan satisfecho de su traducción del *Paraiso perdido* como de cualquiera de sus mejores obras originales, y D. Enrique de Villena hace pomposo alarde de ser el primero que puso en castellano toda la *Enéida*; y tal vez, añade un crítico inglés, el primero que la pasó á otro idioma. Mejor que traducir sería remediar el daño de la confusión lamentable de la torre de Babel; pero como esto no puede ser, hay que resignarse con la necesidad de las traducciones, ó sea con ver las tapias por detrás, como diría Cervantes al hablar de estas cosas.

Y ya que se traduzca el verso debe traducirse en verso? *Secundum quid*. Cuando se es Jáurégui, en verso se debe traducir el *Aminta*; cuando se es Hermosilla no se debe traducir á Homero, ó en todo caso, se le debe poner en prosa.

Hay quien traduce para darse tono y quien traduce para que el público se entere. En general, á éste me atengo, y prefiero haber leído el *Ramayana* en la prosa francesa de un modesto orientalista, á que me lo diera en verso un Ferrari ó un Quintana aunque fuese. El *Ramayana* en versos como la oda *Al mar* no me gustaría, por lo descastado.

Rara ocasión será la de que un gran poeta quiera traducir, y tenga tiempo para ello, á otro gran poeta de su misma índole. No suelen ser ni siquiera poetas los que traducen, y aún poetas buenos que han traducido, han preferido la prosa; v. gr. Leconte de L'Isle, que tradujo á Homero y á los trágicos griegos, á Hesiodo y á los bucólicos. Pero como es innegable que, mejores ó peores, hay traducciones en verso, algunas de verdaderos poetas, las más de malos versificadores; irremediable el hecho, conviene preguntar y qué clase de verso es preferible?

Opina Valera que para los poemas épicos escritos en verso, el mejor metro que se puede emplear en la traducción española es el endecasílabo libre; el que ha escogido el Sr. Herrera.

Con esta opinión coincide la muy antigua de Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético*; el cual hablando del verso suelto, dice:

Aplicarlos á heróicos argumentos  
cual hacen al exámetro latino,  
no á tiernos ni á llorosos sentimientos.

Con el último verso no creo que esté conforme

Valera, ni yo lo estoy, pues *La elegía á las musas* es cosa de ternura, tristeza y llanto, está escrita en verso libre y es acaso el mejor modelo de tales endecasílabos. También Menéndez y Pelayo ha escrito muy buenos versos libres sobre asuntos elegíacos.

Lo que dice Valera es que el verso blanco, por lo mismo que no tiene el atractivo de la rima, necesita de otras excelencias y de un particular esmero, lo cual también dejó notado Juan de la Cueva en el citado *Ejemplar poético*, cuando dice:

El verso suelto pide diligente  
cuidado en el ornato y compostura  
en que vicio ninguno se consiente;  
Porque como la ley estrecha y dura  
del consonante no le obliga ó fuerza  
con ningún atamiento ni textura,  
La elegancia y cultura en él es fuerza:

Siguiendo estos preceptos, el mismo Valera ha escrito muy buenos versos libres para darnos á conocer hermosos fragmentos de la literatura sanserita.

Buenos versos blancos son los de Ventura de la Vega en el primer libro de esta traducción; y sin ningún género de broma, digo que la continuación del Sr. Herrera no hace papel desairado junto á lo que nos dejó el autor de *El hombre de mundo*. ¿Qué mejor alabanza del trabajo que tiene mediado el distinguido literato amigo de Valera.

Pero dicho todo esto, tengo que añadir que, en general, á mí el verso libre... no me gusta. Yo no creo

que en la poesía moderna suceda como en la antigua, que sólo necesitaba la medida; nosotros necesitamos medida y rima. Por eso decía antes que me agrada la traducción de Herrera, contra viento.

Vamos ahora á la marea.

Para mi uso particular no sirven las traducciones en verso, sea libre ó esclavo.

Mi conducta es esta: Procuro no leer los poetas de una literatura hasta que puedo leerlos en el original. Y cuando se trata de los que corre mucha prisa leer, los leo en las traducciones que siguen muy de cerca al texto, lo cual sólo en prosa es posible.

Lo mismo digo de aquellos poetas que han escrito en lengua que yo no tengo esperanza de llegar á conocer.

Pero hay idiomas que conoce uno algo, no lo bastante para atreverse á traducir á sus poetas, sin ayuda del vecino. Con éstos, el mejor procedimiento me parece el siguiente: leer, confrontándolos, original y traducción exacta; después de la comprobación, se puede leer ya el original como si fuera de lengua familiar y... ¡entonces es cuando se goza la hermosura del poema! hermosura que á la traducción no pasa íntegra.

En fin, soy casi un escéptico en traducciones libres en verso libre...

Ya tiene el Sr. Herrera explicado como tuvo que ser contra viento y marea el gustarme su traducción, en verso suelto, de la *Eneida*.

CLARIN.

## TEATRO REAL

Decoraciones de la ópera del Maestro Wagner *La Valkiria* (por los Sres. Bussatto y Amalio)



Acto 2<sup>o</sup>



## NOTICIA INTERESANTE

por SANCHÁ.



«El barco enemigo marchaba descuidado...»



«Nuestro torpedero disparó uno de sus cañones con tal acierto...»



«que el barco enemigo se fué á pique.»

## TIERRA HUMILDE

Marchaba el tren muy despacio, como debía ser á aquella hora y en aquel sitio. Todo efecto soberanamente estético á la naturaleza es combinado por un secreto y poderoso instinto, y el tren no iba á descomponer aquel cuadro de placidez suma; no iba á privarme de aquella emoción dulcísima con el ruido ahuyentador de una marcha rápida. Antes al contrario, se deslizaba suavemente como si temiera salir de aquel húmedo valle de delicada penumbra, de aquel silencio con que se recogía la tierra para el sueño dentro del círculo de las montañas...

¶ Eran los viñedos de Tarragona, que se perdían á lo lejos: los salpicados olivos que extendían caprichosamente sus toscos brazos en lánguido desperezo; las hileras paralelas de viña nueva que señalaban en el suelo esponjado las de ligeras cañas inclinadas; de vez en cuando tupidos avellanos aparecían como frescas manchas azules en el fondo oscuro... Una brisa fresca, muy tenue y oxigenada, que no venía de ninguna parte y se sentía por todos lados, llenaba los pulmones de frescura, y embargaba el alma en un tranquilo arrobamiento. No se sentía ningún ruido; parecía todo suspenso, en espectación de algo sencillo y solemne; de la llegada de la hermosa noche, serena é iluminada; tal vez del sueño del descanso del payés honrado, que cierra los ojos lentamente, sin pena ni alegría... La luz era difusa y suave; el cielo clarísimo, tenía un ligero matiz celeste, recortado por el color más opaco, pero también azulado, de las montañas cercanas. Un levisimo perfume, apenas perceptible y solo la respiración húmeda de las plantas era lo que llevaba el aire. Nada era grandioso ni pequeño; las montañas no escalaban las alturas del cielo, la vista alcanzaba hasta lo hondo del valle... Era aquella la tierra humilde y agradecida; tierra fecunda, que daba de su seno honestísimo, cuanto tenía é infundía en el alma, en aquel expreso momento, pensamientos de íntima y profunda resignación, de resignación absoluta; el consuelo de la abnegación que dobla la cabeza...

Acostumbrado á las altísimas cumbres de mi tierra; á las luces deslumbrantes de los crepúsculos de fuego con rayas de oro que ciegan y reflejos de fragua y nubes cárdenas, que asustan, aquel plácido acabar de la tarde, me desvanecía en un languidecimiento tan íntimo y penetrante, que era como una dulcísima muerte.

Y algo moría efectivamente en mí, morían las acongojadoras inquietudes, el deseo insaciable, la sed de vida y de amor, que habían despertado tal vez los perfumes enervantes de mis huertos moriscos, el malestar de la luz, el desasosiego de la pasión contrariada, el horrible escozor de la incurable herida de la desgracia; y bebiendo la deliciosa tristeza de aquel valle humilde, la ternura de aquel paisaje escondido y lejano, de aquella tierra madre del trabajo y de la humildad: se sentía gana de morir besándola, por que ella guarda la verdadera paz, el sueño tranquilo, el dulce silencio que no turbó nunca la malicia humana...

NICOLÁS M.<sup>a</sup> LOPEZ.

# XIV. LOS INMORTALES

por Cilla



D. José Echegaray

# TEATROS

Carteles, Programas y otras menudencias.

Las anunciadoras se han vestido los trajes de otoño, poco en armonía con el tono de la estación. No hay en ellos nada gris. Colorines; grandes fajas de azul intenso, grandes letras de un rojo rabioso; *primeros actores*, *primeras actrices*; desde el director al copista de papeles, pasando por la tramoya y el sastre y el alumbrado, todos aparecen flamantes, nuevecitos, pintados con tintas alegres, aunque hayan encanecido recitando versos, aunque muestre su cara más arrugas que vigi-lias sufre un cesante.

La musa escénica inspira los cantos de otoño; el juglar suena sus cascabeles y sacude al aire los trapos multicolores de seda mustia; el histrión, el héroe, con risas y con lágrimas fingidas se dispone a lograr las del monstruo. Su misión es noble, el anuncio de ella sugestivo, incitante; va derecho a que olvidemos la guerra, la bancarrota, el hambre. A la comedia de la vida va a sustituir la del tablado, a la tragedia real que todavía muerde nuestras entrañas, el drama artístico, el drama de la escena reclamando unos pocos minutos nuestro cerebro y otros pocos minutos nuestro corazón.

El cartel del Real, sencillo, sóbrio y tirado en negro, es, a pesar de todo ello, francamente *modernista*. Está escrito en castellano, y es un modelo de seriedad. Nada de grandes ofrecimientos, nada de retumbantes motes para los artistas; ni pondera esfuerzos, ni es Jeremías de sus sacrificios. Mas que un cartel para atraer al gran público parece una nota del empresario, una hoja arrancada a la cartera del director. En este número, pueden admirar los lectores, tres magníficas decoraciones de la Valkiria.

El *Nuevo Teatro* y el *Teatro de Parish* hacen preceder sus listas de un preámbulo. Sabroso y todo, (y muy atinadamente escrito el de Sanchez de León) lo encuentro demás.

La lista de Parish es mucho más completa que la del año anterior; más las obras nuevas, y se anuncia el nombre de tres maestros *casí inéditos* que han de recoger, según los inteligentes raticinan, el *centro de la música* para lo porvenir. También Lara y la *Comedia* han publicado la formación. Apenas varía de sus precedentes, y no hay por qué repetir elogios de gacetilla.

Los demás teatros no abiertos todavía, guardan el secreto de sus propósitos. Y aunque estos asomen alguna vez en sueltos de los periódicos diarios hay que esperar, para juzgarlos, la verdad oficial.

## LOS ESTRENOS.

Sinesio Delgado fracasó al estrenar el *Beso de la Duquesa*. No importa. Aquellos que parecían escollos lo esenchó el público, saneando con su aprobación frases tan atrevidas como las de la duquesa al *paleta*:—Acércate... más... voy a darte un beso.

Nadie ha dicho tanto en el teatro, y sin embargo no se ha oído con más respeto la frase más honda de Calderón.

Después de aquellas escenas valentísimas el público halló soso el final.

No hay que hablar de los actores; salvando a Carreras, dijeron la obra sin sentirla y la vistieron sin *haberla visto*. ¡Ah, si la señora Pino conociera algo de su papel!

*La magia negra* chavacona revista de cuadros y *rosas* sirvió para presentación de la compañía en el teatro de la Zarzuela. Gustó mucho a la *claque* y un poco al público.

Es lastimoso que actores jóvenes y en cuyas obras se notan rasgos de ingenuo desdichadamente desperdigados, vacien su trabajo en el eterno modelo de la revista deslabazada, incoherente, necia.

Mercantilismo del arte que degrada nuestra juventud y que nadie, nadie se levanta a combatir.

MAESE PEDRO.



# TEATRO REAL

Decoraciones de la ópera del maestro Wagner **La Valkiria**  
(De los Sres. Bussatto y Amalio.)



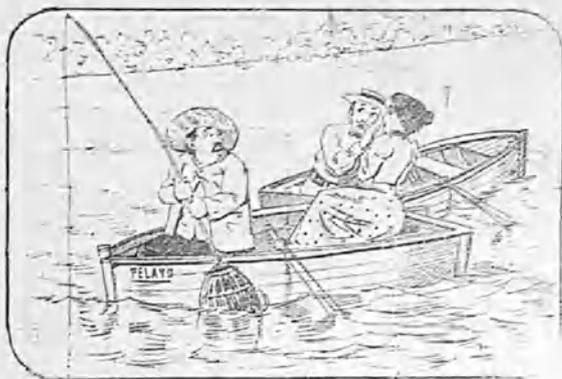
Acto 3.º



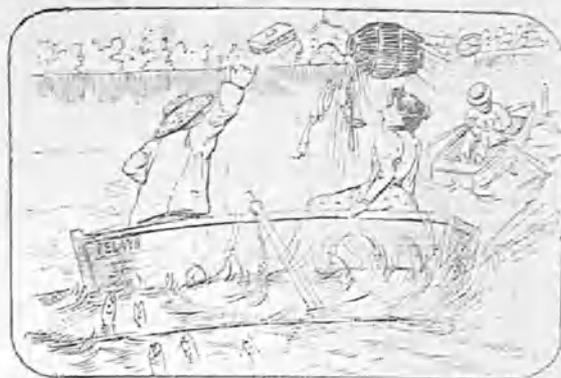
Acto 1.º

# HISTORIETA FLUVIAL Ó UN AMANTE DESGRACIADO

por C. Villar



1. Sorpresa de la estrategia.



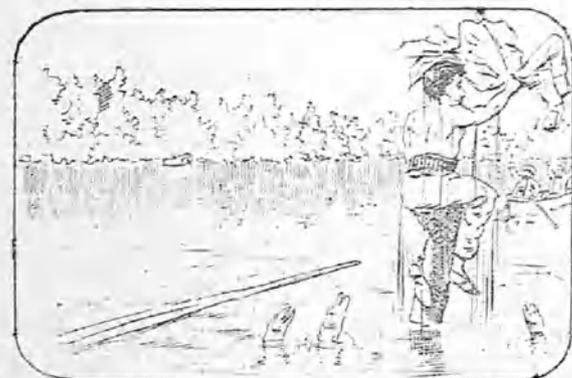
2. Persecución y lanzamiento de torpedos.



3. Choque y abordaje.



4. Naufragio y retirada.



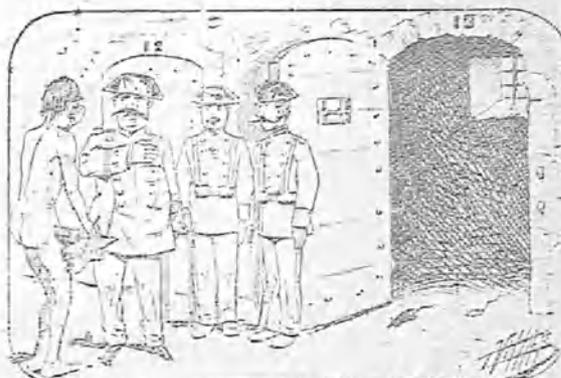
5. Parlamento.



6. ¡Eran corsarios!!



7. Prisionero de guerra por ataques á... la moral.



8. Entrega á las autoridades y declaración de buena presa.

# EL RETIRO

¡Qué atractivo misterioso  
lo mismo al amanecer  
que de la tarde al caer  
muerto el sol como un coloso!

¡Cuántas aves en la copa  
de los fresnos, y á sus pies  
á cuantas pájaras ves  
con individuos de tropa!

¡Cuánta *misa* y cuanto *mis...*  
terioso que se pasea  
leyendo *La Galatea*  
*La Sonámbula á Paris!*

¡Cuántas mujeres falaces  
que dejan á sus esposos  
por paisajes tan hermosos,  
tan sombríos y feraces!

¡Cuántas parejas en ronda  
buscando sífios ámeutos  
donde se las vea menos  
ocultadas por la frouda!

Más si algún vatero vil  
te roba ¡menguado estás!  
que allí parejas, verás,  
y no de guardia civil.

Hasta pelotas de goma  
se ven desde muy temprano  
pasando de mano en mano  
de gente, de mucha broma.

¡Cada mamá tolerante  
que haciendo la vista gorda  
y que haciéndose la sorda  
aguantá á más de un tunante.

Allí se encuentran *paletas*  
y *paletos*, admirados  
de ver á viejos montados  
en veloces bicicletas.

Tal parece que de un nido  
se han caído los *paletos*  
estando como sugetos  
al pie del Angel Caído.

No extraño, pues, él saber  
que si el Angel se cayó  
á más de tres viera yo  
que allí fueron á caer...

El Retiro ¡qué de cosas  
guarda en sus bancos verdosos  
de suicidios espantosos  
y de escenas amorosas!

Yo creo hasta la evidencia  
que cada banco de aquel  
incomparable vergel  
es banco de la paciencia.

Allí, cuando el sol fulgura  
en Madrid, insoportable,  
se disfruta de agradable  
y rica temperatura.

¡Qué estanque! parece un mar

con sus lanchas, sus vapores  
y hasta con sus pescadores,  
que no saben qué pescar.

¡Qué valientes marineros!  
con un cañón de madera  
se lanzan con ansia fiera,  
por aquellos derroteros.

¡Con qué heroica decisión  
navegan de playa en playa  
desde el *golfo* de Vizcaya,  
hasta el *golfo* de León!

No sé por qué extrañas artes  
siendo estanque nada más  
rodeado lo verás  
de *golfos* por todas partes.

Así, por esto, cualquiera  
comprende que algunas veces  
no están adentro los *peces*,  
sino en la parte de afuera.

¡Qué calles tan apartadas  
donde aletea el amor,  
y sobre todo, lector,  
cuántas y cuántas cascadas!

Hasta cataratas vi  
en los ojos retrecheros  
de guardias y jardineros  
que vigilan por allí.

FANCISCO DE IRACHETA.



# CAPRICHOS

## Murmuración en el siglo L

- ¿Has visto á Hedda?
- Sí; pero he dejado de saludarla. ¡Una mujer indigna! Se ha casado con un hombre, y no contenta con eso, tiene tres hijos.
- ¡Oh! Yo creí que dos por lo menos eran sólo de su marido.
- ¿Una mujer que no es de ningún círculo! No me hables de ella, me ataca á los músculos... Estoy muy musculosa estos días. He visto á siete especialistas y ninguna me entiende.
- ¿Por qué no ves á ese médico hombre que está de moda?
- ¿Pero tú crees que un hombre puede entender de medicina?
- Te advierto que parece una mujer. ¿Qué pierdes por probar? ¿Estuviste anoche en el Cosmológico? era jueves clásico.
- ¿Qué obra representaron?
- Una antigualla: «La ciudad muerta», una ñoñería allá del siglo XX ó XXI. Por cierto que los trajes son muy parecidos á los que llevamos este año; la moda está por lo antiguo. ¿No has visto la obra nueva? Es una trilogía irisada, cada parte de un color.
- Yo no voy más que al *Ritmico*, ya sabes mi pasión por la música. Ayer tocaron una *Discordancia* de trompetas eléctricas y aullidos de perro salvaje... ¡Un encanto!
- Y de libros, ¿tienes algo nuevo?
- Un novelón histórico: «Dreyfus y los franceses»; una porción de disparates que no puede ser que hayan ocurrido nunca.
- A propósito: ya sabes que han suprimido el estudio de francés en todos los liceos.
- Ya era hora. ¡Una lengua muerta! Yo estoy aprendiendo el malayo... ¿Quién vive hoy sin hablar el malayo?
- Te dejo, querida; voy á tomar el hilo eléctrico.
- Yo la aguja magnética... Tantos besos á aquel caballero.
- De tu parte.

ARLEQUÍN.

## GENIOS DE CAFÉ

Los genios de café son genios ignorados, desconocidos. La esterilidad y la impotencia congénitas, la pereza y la vagancia, la estupidez de un orgullo sin timbres y sin glorias, reuniólos en manadas. Cuando unidos se juzgaron fuertes para combatir la conspiración, la terrible conspiración del silencio, inventaron,—la única vez que han inventado alguna cosa!—inventaron el *cantable*. Toda la inédita inspiración de los genios desbordose entonces. Rencores y odios vergonzosamente ocultos hallaron satisfacción anónima. El *cantable*—letra encajada en la musiquilla callejera que está de moda—fue una injuria viva para todo el mundo. La gran fuerza del *cantable* estaba en la irresponsabilidad de sus autores. Lo más que podía averiguarse, si acaso, era donde se había hecho, pero nunca por quien. Y el *cantable*, desecado y libertino, aceptando toda clase de consonantes, corría Madrid de punta á punta maltratando á éste, agraviando al otro, deshonorando á todos. Epigrama descolorido, sátira sin gracia, con la palidez de la envidia, arrastrándose por sus estrofas incorrectas y bárbaras; el *cantable* nada respetaba ni ante nada se detenía. ¡Era un arma, una excelente arma! La *bohemia* indecorosa, los caballeros de la Venerable Orden del sable, la golfería artística, el hampa literaria, se dedicaron á cazar gigantes á pedradas. Desgraciadamente no había entre ellos ningún David.

El oficio de *genio* de café ha venido muy á menos desde que no cuentan con la admiración de los camareros. En otros tiempos el camarero era el público que aplaudía. Ahora no sólo no aplaude, sino que ya que no pueda silbar reclama los servicios atrasados. Así y todo los genios son aún temibles. Su lengua tiene la misma propiedad que los cascós del caballo de Atila. *Demi-cierges* de la publicidad, agriados por el placer solitario de glorificarse á sí mismos, odian y escarnecen la obra ajena cuando no va trazada sobre la pauta de su vulgaridad. El escándalo, lo que ellos llaman el escándalo, cuando no puede explotarse en provecho propio es la mayor de las abominaciones. Declaráronse inviolables. Maltratándose entre sí, insultándose despiadadamente como los caballos salvajes de las Pampas se aprietan en círculo para defenderse de todo ataque extraño...

\*\*

No tienen siquiera nombre. Son los eternos Anónimos. Poetas en agraz, literatos en conserva, periodistas fracasados de la gaceta, abogados sin pleitos. Los genios ignorados que pululan por las *brasseries* y *cabarets* parisienses, embutecidos por el alcohol, aún se llaman algo, decadentes, simbolistas, ideistas, algo. Tienen al menos una bandera, una fé, y de ellos salen á veces un Verlaine, un Mallarmé, un Rimbaut, un Villiers de L'Isle... De nuestras *brasseries* literarias no ha salido uno sólo. La madre naturaleza se ha mostrado con ellos cruelmente igualitaria: todos son igualmente estúpidos...

\*\*

Dios que da el mal, da la medicina, asegura la popular sabiduría. Los arañazos molestos de los genios—y en esto desmienten su raza felina—suelen curarse como las mordeduras de los perros: con la lengua del que las produce.

JOSÉ DE CUÉLLAR.

## UN MODERNISTA, por Xaudaró.



—¿El asunto? ¿Y qué es el asunto? No me quedará yo calvo de pensar un asunto.

# Chismes y Cuertos

El próximo número estará dedicado al viaje artístico que por el extranjero ha emprendido la compañía del Teatro Español. Publicaremos nuevos retratos de los Sres. Díaz de Mendoza, y de la compañía, fotografías de las decoraciones, y muebles, trajes, con otra porción de detalles que no dudamos han de interesar á nuestros lectores. Apesar de que nuestro periódico no cultiva á menudo este trabajo de información creemos que el caracter artístico de la empresa acometida por los distinguidos directores del Teatro Español, merecen los mayores esfuerzos por nuestra parte y gustosos le consagramos atención preferente.

Acompañará al número, un suplemento de dos hojas de papel mate, con el retrato de Doña María Guerrero, y D. F. Díaz de Mendoza.

## GENTE NUEVA

Adelardo Parrilla es un pintor alicantino que sienta el color y dibuja como contados maestros. En la última exposición de Barcelona presentó unas cabezas de frailes. «Era lo más serio que había en toda la exposición.» —decía el ilustre Casanova, su maestro; — «pero las colocaron encima de una puerta... y nadie las vio.» Parrilla copia *el natural* con fidelidad y rapidez que sorprenden. Artista escrupuloso, no fia su pincel á la memoria. Pinta solo lo que ve; y no sabe pintar lo que ante sus ojos no figura. Casanova, el citado exímio pintor y compañero de Rosales, ha dicho de Parrilla que «tiene una cámara oscura en la cabeza.» Y la frase no puede ser ni más exacta ni más gráfica, tratándose de pintor tan rendido á la realidad como este...

El lector puede juzgar por sí mismo.

MADRID Cómico se complace en publicar en sitio preeminente un dibujo de Parrilla, y en contar desde hoy á su autor como á uno de sus más preciados colaboradores artísticos.

Lleven cuenta que parece la historia de la Grijalva y sus cabras.

Muere D. Federico Madrazo (va uno) y la calle de la Greda (va una) lleva desde entonces el nombre del distinguido pintor. Muere D. Pedro Madrazo (van dos) y el ayuntamiento quiere poner su nombre á la calle del Florín (van dos); sin mirar que es la única moneda callejera que nos queda; pero un Madrazo va cerca de otro, se prestaba á mil equivocaciones de cocheros, carteros, criados y quién sabe, hasta podía dar ocasión á un juguete cómico para Lara... No podía ser. El Ayuntamiento acuerda que la calle del Florín se llame de los dos Madrazos (van tres) y (aquí entra el lío) que la calle de D. Federico (antes Greda y antes Mancha) tome el nombre de D. Pedro... (y van cinco, digo no:... Es decir que por un lado los dos Madrazos y por otro D. Pedro solo y ¿por qué no D. Federico que era el primer ocupante?... No era más sencillo coger una calle bien larga y bien ancha

(larga como un alcalde y ancha como su manga) y llamarla calle... no de los dos, sino de los Madrazos y serviría, (lleven Vds. la cuenta) para D. Juan, fundador de la dinastía, pintor, académico, etc., etc., por D. Pedro, pintor, académico, director de museos, etc., etc.; para D. Federico, ídem. íd., íd.; para D. Raimundo (Dios le guarde muchos años), para D. Ricardo (ídem. íd., íd.). Porque me parece que la dinastía de los Madrazo bien merece una calle, como la dinastía de Sagasta, solo que en esta cada uno lleva un apellido y habrá que poner: calle de Sagasta y familia; no *limited*, *limited*.

El Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia, llamó uno de estos días á su despacho á un inspector de vigilancia, para reprenderle por faltas cometidas en el servicio. El Gobernador estuvo muy serio.

—Ya sabe que conmigo no se juega; parece que dijo.

El inspector no supo que contestar y salió anonadado del despacho gubernativo.

Kasabal ha dado su paseito por las ferias, evocando memorias de una azafata y exclama con energía: ¡Los melocotones de Aragón son el símbolo de la virilidad española!

¡Melocotones!

En cambio para el sedoso escritor, las cañas de manzanilla son el símbolo del afeminamiento y de la degeneración, de modo, que ya lo saben Vds.: no dejen un melocotón al lado de una caña de manzanilla: no vayamos á tener simbolitos.

Dicen que los americanos reconocen que los filipinos son incapaces para gobernarse á sí mismos.

Así mismo han reconocido que los españoles tampoco son capaces de gobernarles.

Gobiérnenlos ellos de una vez si pueden.

Que es lo único que se trata de conocer.

## A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

A nuestros colegas, recomendamos tomen nota de los señores corresponsales siguientes, que tienen por costumbre quedarse con el importe de los periódicos que se les remite.

Florentino Sanchez, León.

José María Gómez, Cortegana.

Federico de Paz, Barco de Avila.

Hijos de Santiago Rodríguez, Burgos.

(Continuará.)

Advertimos á los señores corresponsales de América, que se les suspenderá el envío, si no reponen fondos á esta Administración, en la misma fecha que se agoten los que tienen.

Imprenta de MADRID Cómico, Palma Alta, 55, dup<sup>o</sup>

# PORTLAND ESCOFET TEJERA Y C.<sup>A</sup> CEMENTOS

16 - ALCALÁ - 16

MATÍAS LOPEZ. - CHOCOLATES. - CAFÉS. - DULCES. - OFICINAS: PALMA ALTA. - B. DEPÓSITO: MONTERA, 25

